

# *Inedita psychologica*

LUCIO GIL DE FAGOAGA

## **Nota preliminar**

Resulta especialmente sorprendente el olvido a que se ha visto sometido el pensamiento de Lucio Gil de Fagoaga, incluso en la institución en la que ocupó durante muchos años la cátedra de Psicología. Unos pocos, compañeros o alumnos, recuerdan levemente al excéntrico profesor de Psicología. Sólo algunos saben de su extraordinaria biblioteca, heredada en parte de su maestro Bonilla y San Martín. Pero el contenido de su pensamiento es prácticamente desconocido para todos.

No es este el lugar de esbozar siquiera un esquema del mismo. Se está preparando un biografía intelectual del profesor valenciano, promovida por la Fundación Lucio Gil de Fagoaga, de aparición prevista para el próximo otoño. Pero los textos que se presentan precisan una breve justificación, por cuanto han sido seleccionados por ser, aunque parcial, suficientemente representativos de la producción de Lucio Gil.

En el total de sus escritos se aprecian grandes diferencias entre los redactados antes y después de la guerra civil española. Los anteriores son fruto del trabajo de un brillante y joven catedrático de Psicología, que puntualmente y sin conexión sistemática, va dedicando breves opúsculos al comentario de la *Crítica de la Razón Pura* (tesis de Filosofía), el psicoanálisis, los sueños, la relación de derecho (tesis de Derecho) o la Estética. El contenido de estos escritos revelan de su autor aquello que más se sabe de él: que es un correcto, aunque distante, lector de Arthur Schopenhauer, que es discípulo de Bonilla y San Martín, y que posee una erudición más que notable en todos los muy diversos temas que considera; muy especialmente la Psicología.

En estos años, su éxito académico se acompaña de cierta relevancia pública. Los artículos de opinión en la prensa liberal se suceden con frecuencia, ocupa la Secretaría de la Facultad de Letras y en su Valencia natal (Requena, 1896), emprende modestas tareas políticas.

En los años posteriores a la guerra, el perfil biográfico, público e intelectual del prometedor pensador liberal cambia radicalmente. A pesar de que no sufrió graves problemas con el cambio de régimen (al menos, si no se considera grave verse apartado de la docencia de su cátedra, y relegado a impartir clases de latín durante los cinco años posteriores a 1939), se puede considerar a Lucio Gil como un miembro más del denominado exilio interior de aquellos años.

La biografía del requenense consiste, a partir de esta fecha, en la docencia, la investigación y el estudio; tareas estas que no se vieron, sin embargo, representadas en publicaciones que hubieran podido mostrar los progresos, importantes, del pensamiento de Gil de Fagoaga.

Tales progresos quedaron impresos en algunos inéditos y en la transcripción de sus cursos de psicología y filosofía hacia sus alumnos. Y es precisamente en todos estos escritos donde los componentes de sus estudios de juventud aparecen madurados, trazando un pensamiento sistemático filosófico y psicológico.

Por lo que hace a su sistema de psicología, el esfuerzo de Lucio Gil puede caracterizarse como un doble movimiento de síntesis de los materiales de las corrientes y escuelas que dominaban las academias europeas y norteamericanas, así como la trabazón de unos principios sistemáticos para la ciencia psicológica. Esto quiere decir que los textos de psicología de Gil de Fagoaga no son manuales eruditos de Psicología General o de Historia de la Psicología, sino un sistema de psicología en sentido propio, donde las categorías y principios fundamentales propuestos ejercen una constante corrección de la amplísima gama de materiales que aportan las diferentes direcciones y escuelas psicológicas.

Además, la psicología de Lucio Gil puede ser entendida como un componente interno de su sistema filosófico, el Naturalismo Fundamental. De hecho, los conceptos psicológicos fundamentales, *morfología* y *dinamismo*, tienen origen en esa matriz filosófica.

Por todo esto, los escritos sobre Psicología de Gil de Fagoaga tienen un interés del que pretendemos dar noticia en esta selección. Pero, desgraciadamente, no es posible una idéntica presentación del Naturalismo Fundamental.

Consta la intención del autor de redactar, en los años anteriores a su muerte, este sistema filosófico. Pero dado que este proyecto no pudo cumplirse, sólo disponemos de sus desarrollos parciales, en forma de cursos de licenciatura y doctorado. El carácter mediado (son transcripciones de alumnos) y fragmentario de estos textos los hace irreproducibles sin una previa re-

construcción, tarea impropia de una selección de textos originales como esta. Por fidelidad a los textos, aquí sólo se han eliminado párrafos no relevantes, e introducido pequeñas y muy escasas correcciones en algunos de ellos, los inéditos, pero se ha mantenido íntegramente su contenido.

Por todo lo anterior, los fragmentos que aquí se reproducen han sido extraídos de dos obras de psicología, un breve opúsculo de 1927, *Las interpretaciones de los sueños*, y un inédito que Lucio Gil prologó y preparó para su publicación en 1950, *Lecciones de Psicología*.

El primero, como representativo de sus primeros escritos, permite apreciar la riqueza de intereses y fuentes de las que se nutre el todavía asistemático pensamiento de Lucio Gil. Pleno de intenciones humanistas y arriesgado en su contenido, este texto repasa y discute diferentes interpretaciones sobre el sueño y el ensueño (el dormir y el soñar). Su estructura revela ya un claro afán por la presentación ordenada de las posiciones posibles sobre el problema en cuestión, para ofrecer después una solución que por sintética no deja de ser correctora. Sin embargo, el orden formal no esconde la diversidad desde la que se escribe: la psicología científica, la literatura, el ocultismo, las religiones orientales, y el pensamiento de Schopenhauer, Bonilla o Aristóteles, aportan sucesivamente los elementos con los que se teje la obra. Esto es precisamente lo que caracteriza las obras tempranas, anteriores a 1936: casi las únicas que el autor dio a la publicación.

Del inédito *Lecciones de Psicología* se han seleccionado varios fragmentos. La importancia de esta obra radica en haber sido, en 1950, el fruto más elaborado de los esfuerzos sistematizadores del autor en el ámbito de la psicología. En estos fragmentos se definen la Psicología y sus objetos de investigación, así como las categorías básicas bajo las que todo lo psíquico aparece comprendido: *morfología y dinamismo*. Con ellas se pretende solucionar las aporías fundamentales de la Psicología, en lo que respecta a la integración de modelos y teorías estructurales y funcionales.

Los motivos por los que esta obra no llegó a publicarse fueron, por una parte, los generales de toda su producción —la producción de un intelectual no orgánico. Pero las dificultades que ofreció la sistematización de la Psicología en una sola obra obligó a Lucio Gil a rehacerla constantemente, aun a pesar de que estas Lecciones tuvieran para el autor la calidad suficiente para pensar en publicarlas.

Que ahora se hagan públicos algunos fragmentos inéditos de Lucio Gil de Fagoaga no significa, sin embargo, una restitución cumplida de su perdida memoria (memoria que, por su propio valor, merece ser recuperada); es únicamente homenaje o recordatorio a un profesor acreditado y a un olvidado investigador.

Para ello han sido determinantes el interés de Juan Miguel Palacios y el permiso de la *Fundación Lucio Gil de Fagoaga* para la utilización de los textos.

- I. Las interpretaciones de los sueños**, Madrid, 1927.  
44 páginas.  
Capítulos 4 y 5, y epílogo. Páginas 28 a 44.

**1. Explicación del sueño**

No se puede negar hoy la distinta naturaleza con que dentro de la Psicología se ofrecen lo *consciente* y lo *subconsciente*. Se emplean dos palabras para caracterizar estas dos clases de hechos, y se dice que los primeros son voluntarios; los segundos, automáticos. El automatismo se considera, pues, como característica de los procesos subconscientes, indicando con ello que hay procesos psicológicos que no son los procesos mentales de la vida ordinaria.

Pero es sencillamente imposible hacer que figuren como objetos psicológicos tal o cual guisa de procesos inconscientes; es decir, de aquellos procesos «que se ven por fuera», «indirectamente», no por el sujeto mismo en el cual preténdese que se dan, sino por otro sujeto que mira al primero, con mayor o menor bagaje de aparatos, y descubre en él cosas que el primero podría olvidar por una eternidad.

El físico y el fisiólogo nos dicen que en la percepción intervienen, por una parte, una serie de procesos constituidos por vibraciones rapidísimas latitudinales del éter, las cuales hieren el ojo y ocasionan en él la visión; de otra parte, una imagen minúscula que se forma en la retina por la descomposición de las sustancias fotoestésicas que en ella residen, lo que puede observarse experimentalmente fijando la retina impresionada de un ojo de buey, rápidamente extirpado e introducido en una solución de alumbre. No obstante lo cual, el sujeto de conocimiento, yo, en cuanto que veo, no se da cuenta en modo alguno de las vibraciones etéreas, ni de la supuesta imagen de su retina, sino solamente, cuando ve, del objeto real que percibe, el cual ni es lo uno ni lo otro. Vibraciones e imagen retiniana no son, pues, «fenómenos de mi conciencia», no pertenecen a la Psicología.

Supongamos ahora dos seres extraños. El uno es un maniquí, provisto de un tan perfecto engranaje de resortes, que puede andar por sí solo en la posición bípeda y efectuar algunas otras mutaciones: Olimpia Spalanzani, del interesante cuento de Hoffmann, *Coppelius*. El otro es una sonámbula, una mujer de carne y hueso sumida en un sueño hipnótico. Una y otra carecen de voluntad espontánea, necesitan de un operador. La diferencia, sin embargo, es clara. El maniquí, por acabado que sea, no podrá evitar por sí solo un obstáculo que inopinadamente se le oponga en su marcha; tropezará con el cuerpo que le cierre el camino y se detendrá o caerá. La sonámbula, por el contrario, soslayará el obstáculo y, mediante un hábil sesgo, continuará su camino. La primera acción es mecánica; la segunda, final; la primera, es causada; la segunda, motivada; la primera, es inconsciente; la segunda, psicoló-

gica. Y para distinguir esta clase de fenómenos psicológicos, puramente automáticos, de aquellos otros conscientes y voluntarios, se emplea la palabra «subconsciente».

Lo subconsciente es distinto y, además, incompatible con lo consciente estricto. En el círculo general de la conciencia, lo subconsciente significa un sector que ha hecho defección al todo, una provincia que ha conseguido su autonomía y se mueve libremente con relativa independencia del poder central. Sus usos, sus atavíos, sus ideales son diversos. Como producto provinciano, no deja de parecer en ocasiones un poco infantil, un poco *cursi* si se quiere; su honradez y su energía, en cambio, como de coto familiar concentrado, son con frecuencia mayores que las generales del país.

Mientras con esa autonomía se llega sólo a hacer que reine el equívoco, todo va bien. El poder central, padre tolerante —tolerante a despecho suyo muchas veces—, hace como si fuera él quien autorizara las travesuras de su hijo díscolo, de la vehemente provincia querida, sin la cual autorización —quiere pensar— aquéllas no podrían darse («Es necesario —dice Goethe— hacer de vez en cuando alguna locura para poder estar tranquilo.» ¿Y no han dado a veces mucha gloria al país las genialidades de una provincia indómita?) La provincia, por su parte, se siente llena de ímpetu; pero no puede resistir a la idea del ejército del poder central.

Nominalmente al menos, el poder central, único, triunfa y domina sin competencia, pero supóngase que las circunstancias hacen que la preponderancia de la provincia crezca y su fortaleza se iguale con la del poder central. Dados los impulsos que aquella tiene, la paz sería imposible, la salud política desaparecerá y surgirá una guerra profunda que sólo podrá terminar —y eso aparentemente, como en toda guerra— cuando uno de los beligerantes sea reducido por el otro. Si ahora se prescinde de la metáfora, mero instrumento aquí de comprensión, se verá como ese estado de guerra y enfermedad mental, entre lo consciente y lo subconsciente, es lo que se llama neurosis, directamente emparentada con la demencia y la locura. La marcha de lo subconsciente hacia la total independencia anuncia la aparición de lo anormal, de la enfermedad psíquica. Frente al yo consciente, se alzan entonces uno o varios yos subliminales de igual fuerza y atributos; la personalidad está dividida; el individuo no sabe ya quién es; es un histérico, o un demente.

No suele llegar a tanto en los ensueños. Si se recuerdan los diversos géneros de interpretaciones que hemos anotado, se verá que, o hay que considerar según ellas, el ensueño como algo consciente en sentido estricto, que no tenga solución de continuidad con la ideación de la vigilia, o como un fenómeno de significación patológica consciente o inconsciente. ¿Cómo resistir a la tentación de colocarse en un término medio equidistante de los extremos y más justo que ellos?

Ahora bien; que el ensueño es un fenómeno subconsciente nos parece una cosa clara. Decíamos que una característica de esta clase de procesos es-

tá en su incompatibilidad con lo inconsciente estricto; y eso podemos verificarlo con cualquier ensueño. Ya hemos visto que lo único que nos está vedado pensar en cuanto soñadores, es que estamos soñando. Toda aparente contradicción será un dato precioso en favor de esta tesis. Un hombre sueña que encontró un tesoro; él mismo ha tocado y contado las monedas, las barras de metal, las joyas; pesan tanto, que apenas puede transportarlo a su casa; no es prudente, sin embargo, llamar a quien le ayude, porque podrían arrebatárselo; intenta varias veces, sin éxito, cargar aquel gran saco a sus espaldas; apurado y trémulo, se decide a transportarlo a rastras, pero teme que el saco se rompa; ya lo arrastra un poco y descansa un momento; el camino que avanza el saco no corresponde a la magnitud de su esfuerzo; pero forcejea de nuevo y el saco avanza perezosamente... Desde hace unos momentos ha surgido una voz prosaica que le dice: «No lograrás eso. ¿Crees tú que un tesoro se gana tan fácilmente? Desengáñate ya; estás soñando; eres Fulano de Tal, que sueñas.» La voz avanza y el hombre despierta. Ve que está acostado en un pobre lecho, sofocado casi, seca la boca y ardorosa la frente. Pero ha visto tan claras las monedas, las barras y las joyas, que, desdeñando aquella voz burlona que aún le aconseja, pugna con todas sus fuerzas por dormirse de nuevo y trata, desvanecido todavía por algún tiempo, de encontrar el medio de poder por sí solo transportar el hallazgo a su propia casa...

¿Hay en esto una sola ideación, una mera conciencia perfectamente homogénea? No, evidentemente. Sí hay un actor, que se afana, hay también un espectador, que critica. Y si el espectador es un hombre ordinario, de los que vemos por la calle todos los días, el actor, en cambio, es un personaje misterioso, que a pesar de llevarle en nosotros, le desconocemos en su esencia y en sus posibilidades. A cualquier hora que despertemos al durmiente, estará quizá en condiciones de decirnos lo que acaba de soñar. Pero es ley de nuestra memoria que no recordemos sino aquellos ensueños que preceden inmediatamente al despertar; y como una vez al día solemos despertarnos, tendremos que admitir una portentosa cantidad de ensueños de los cuales la conciencia no se da cuenta. No es extraño que ese activo personaje, adquiriendo fuerzas inusitadas, fuera tenido por Sócrates, que le llevaba dentro, como un demonio (*zeós é daimôn*), ni que en el ambiente de la Edad Media determinase aquellas epidemias de poseídos cuyos malignos espíritus la Iglesia se creyere en el caso de exorcizar; porque ¿qué ser humano avisado y hábil como no más, ha podido por vía lícita cruzar nuestro planeta de polo a polo en dos segundos, desarrollar una maravillosa epopeya en diez minutos y desdoblarse físicamente en dos o en treinta personas tan reales y verdaderas como la propia? ¿Y no danzan a merced en el ensueño espacio y tiempo? ¿Y no tenemos constantemente sueños durante los cuales conversamos con personas que quizá nos objetan discretamente y que estamos viendo, o nos levantamos a hablar en una gran asamblea, y después multitud de extraños asambleístas nos apoyan y nos contradicen con palabras y argumentos?

No se puede confundir a Sócrates con su genio familiar; al poseído, con su espíritu maligno. La maravilla soñada hay que creerla real para que sea soñada. El soñador, en tanto que soñador, *no se da cuenta* de que sueña, *no tiene conciencia* de que está soñando, y ésta es nota esencial suya: la distracción de la conciencia. —Por lo demás, quien sostenga, más o menos claramente, que el ensueño tiene una significación patológica, mal se librará de declarar enferma de nacimiento a toda la Humanidad, así como a buen número de especies animales. Declaremos, en consecuencia, resumiendo lo antedicho, que *el ensueño es un fenómeno subconsciente y normal*.

Para intentar ahora una explicación del sueño y el ensueño, permítasenos colocarnos en un especial punto de vista. Los investigadores que han tratado del sueño se fijan casi exclusivamente —lo hemos visto al repasar sus hipótesis— en su significación fisiológica. Y no es esto lo que a nosotros más nos interesa. Respetamos al postulado de que todo fenómeno psíquico supone otro fenómeno de índole fisiológica. Pero sabemos también que un estudio científico, puramente psicológico, no necesita de la Fisiología, ni a la inversa, porque es difícil entender la relación psicofisiológica como una relación causal. El sueño, por otra parte, no es el lado fisiológico del ensueño, y así como cabe una fisiología de éste, cabrá también una psicología de aquél. Para comprender por qué sube el platillo de una balanza sirve poco considerar que es de cobre; es más útil fijarse en que el otro platillo descende. ¿Qué sentido psicológico, pues, tiene el sueño?

Nosotros pensamos que, psicológicamente, el sueño se produce en virtud del *aburrimiento*. Tardieu, que ha estudiado detenidamente el aburrimiento, lo define «por un desequilibrio interior. El aburrimiento —dice— es una mezcla de fuerza y de debilidad, de deseo y de impotencia, de excitación, de agotamiento... Para vencerle, bueno es obedecer a un deber, sacrificarse a un ideal. En todo tiempo hubo una *buena causa* que servir. Al interesarse por las ideas..., se eleva uno por encima de las tristezas de la diaria labor». Expliquemos este concepto.

A la fatiga, que es siempre fisiológica, corresponde en el terreno psíquico el aburrimiento; pero, a lo menos en el actual estado de la ciencia, el radio de extensión de éste es mucho mayor que el de aquella. Veíamos al examinar las teorías tóxicas del sueño fisiológico que, no obstante ser las más fundadas y verosímiles, tenían un defecto importante: el de no poder explicar el sueño de fatiga, dejando inexplicados mil casos en que positivamente la fatiga no interviene. Esto no ocurre si miramos el lado psicológico de la cuestión y pensamos en la amplitud del término aburrimiento. ¿Hay aburrimiento sin fatiga? Sin duda alguna. La fatiga se produce sólo por un exceso de actividad; el aburrimiento, por un defecto también muchas veces. La vida del trapense, del profesor y del astrónomo no son propiamente fatigosas; para quien no tenga las respectivas vocaciones parecerán, sin embargo, fundamentalmente aburridas. El aburrimiento procede más, en general, de una disconformidad

con el ambiente que de un cansancio fisiológico o fatiga. Claro que es, en los casos de fatiga, el estado de molestia o incomodidad que se ocasiona se traduce en una disconformidad de parte nuestra —que tendemos, naturalmente, al bienestar—, y ahí surge un aburrimiento; pero todo esto de la fatiga no es sino un caso particular, innecesario, en consecuencia, para que exista algún género de aburrimiento. El aburrimiento, creemos nosotros —y esto es cosa a comprobar—, basta para explicar psicológicamente en todos los casos la aparición del sueño.

No siempre que nos aburrimos nos dormimos. Podemos también resistir el aburrimiento, lo que generalmente indica voluntades débiles; podemos distraernos; podemos, en fin, suicidarnos. Pero, prescindiendo de estas tres cosas, cuyo examen detenido nos daría nuevas razones en favor, hay que decir, que si no hacemos alguna de ellas ante un aburrimiento, tendremos forzosamente que adoptar una cuarta solución: dormirnos, en lo cual se podría rastrear vestigios de las otras tres. *El sueño procede en todo caso de un aburrimiento.*

Pero ¿qué es el sueño psicológicamente? Podríamos contestar: *nada*. Lo que haya en él de positivo no pertenece a él, sino que son molestias de la realidad:

*La tumba es al lecho igual;  
pero bien sabido ten  
que en uno se duerme mal  
y en otra se duerme bien.*

No es una representación, sino la carencia de toda representación consciente. El sueño es una laguna, una cesación, un no ser. El sueño es un arma de defensa contra la realidad. Y aquí es donde podemos empezar a comprender todo el sentido de la cuestión.

Aparece ya ante nuestro razonamiento la sombra vaga de un dinamismo, el encadenamiento de una serie de cosas dirigidas, el esquema de una intención.

## 2. Explicación del ensueño

Al lado del conocimiento, de lo que ordinariamente se llama inteligencia, hay que advertir un conjunto de funciones que, reunidas, forman lo que se designa con la palabra carácter. El carácter, clásicamente estudiado por Schopenhauer es normalmente invariable en la vida del individuo, no es susceptible de educación, apocamiento ni exaltación; la inteligencia sí, se educa, nace débil y se desarrolla, para volver a debilitarse en la vejez. El carácter es más firme, más serio, más fundamental que la inteligencia y, por tanto, puede

dominarla en todo momento. Basta un impulso de carácter para derribar los más complicados y pretenciosos castillos intelectuales. La inteligencia es una esclava del carácter.

Por eso mil fenómenos mentales no se pueden explicar por la pálida inteligencia, sino que requieren para ello del carácter. Esto ocurre eminentemente en el fenómeno del aburrimiento.

Decíamos poco ha que en el aburrimiento hay una disconformidad con el ambiente. ¿Pero disconformidad de quién? Sin duda de nosotros mismos. Pero nosotros mismos no somos la inteligencia, la cual, meramente, se da en *vosotros*; [nota 2] somos el carácter. Decir lo cual vale como decir que lo fundamental de nosotros no son las representaciones, sino el impulso que dirige y despierta o apaga esas representaciones.

«El aburrimiento —escribe Leopardi— es en cierto modo el más sublime de los sentimientos humanos; no estar satisfecho de ninguna cosa terrestre ni, por decirlo así, de la tierra entera; para considerar la amplitud inconmensurable del espacio, el número maravilloso de los mundos y sus masas, y hallar que es poca cosa para la capacidad de nuestra alma; imaginar los mundos infinitos, el universo infinito, y sentir que nuestra alma y nuestros deseos serían aún más grandes que tal universo; acusar sin cesar a las cosas de insuficiencia y de vacuidad: he aquí, creo yo, el principal signo de grandeza y de nobleza que presenta la naturaleza humana.»

La disconformidad del aburrimiento no significa sino la insuficiencia del mundo ambiente para calmar nuestros impulsos. El aburrimiento, que parece sonar a paz y a quietud, es la mayor discordia, el mayor drama íntimo que puede darse. En un círculo estrecho de representaciones, cuando el impulso es recio, pugna por superarlas; ansias íntimas irrevocables se afanan en valorarlas, en darles un superior sentido, por una parte; en despreciarlas, en morfarse ante la amarga contemplación de su irremediable impotencia, por otra; los esfuerzos del carácter por mejorar aquella cárcel van resultando estériles, el monótono juego de las representaciones conscientes va trocando la paciencia en desesperación; ante el obstáculo que le cierra el paso, el impulso se sobreexcita: a veces, logra franquear una ventana del castillo, se distrae; en ocasiones, se rompe la cabeza contra los muros del recinto, se suprime; otras veces, henchido de dolor, cierra las ventanas y apaga la lámpara para no ver nada de lo que le rodea, duerme. Y entonces sueña.

Es algo muy importante el alma (no otra cosa debe sobreentenderse en el carácter) para aniquilarse con la oscuridad. Por el contrario, es ella misma quien, en función defensiva, la provoca. Cansada del mundo, es decir, de su mundo, lo suspende, y se vale por ello del sueño, hijo de la Muerte, y hermano del Leteo. Cesa con ello la pugna y el aburrimiento y, ya resguardada el alma, defendida por el sueño, segura de no ser seriamente inquietada, ella, que es por naturaleza activa, se expande íntimamente; es decir, sueña.

Tiene, a veces, pesadillas, que provienen de una posición incómoda, de

una preocupación intensa o de un accidente corporal: es la realidad que, no pudiendo asaltarnos en nuestra torre de marfil, lanza piedras a lo menos a nuestros cristales. Entre tanto el alma, sin embargo, reina en lo subconsciente y procura crearse un nuevo mundo a la medida de sus impulsos y más conforme con ella, por consiguiente, que el aspecto que le ofrecía el mundo real.

Y esta es, en resumen, nuestra interpretación de los sueños. No consideramos, ante todo, al sueño en su aspecto fisiológico, como hemos visto que se hace de ordinario, ni vemos tampoco el ensueño como una parte integrante de lo estrictamente consciente, ni como una serie de alucinaciones de rai-gambre patológica, ni como la realización disfrazada de un inconsciente deseo sexual reprimido. De Sanctis invoca a este propósito un proverbio italiano: «Bella cosa é lo scopa (usare il coito), ma piu bella é il comandá (comandare).» Sin que estemos enteramente conformes con De Sanctis, hemos de notar que somos ajenos a la tesis freudiana, por muchos respectos que no se pueden detallar aquí y porque ni comprendemos en el ensueño inconsciencia, sino subconsciencia; ni finalidad (todo deseo freudiano implica un ideal; es decir un resultado previsto, una causa final, y nosotros sólo vemos en el ensueño una tendencia imprevista), ni sexualidad, ni represión previa, ni purificación futura.

Muy por el contrario del sentido defectivo que a los sueños en general ha querido darse, nosotros vemos en ellos algo verdaderamente grande, verdaderamente deseable; un impulso vitalmente noble y espontáneo, una válvula de seguridad de nuestro más íntimo ser. *Si la causa del sueño es el aburrimiento, la causa del ensueño es la magnanimidad. El sueño repara el cuerpo; el ensueño dignifica el alma.*

## Epílogo

Es mala señal que un muchacho no rompa pronto el traje que lleva. Se tratará entonces, sin duda, de un muchacho indolente y quizá enfermo. Lo bueno es lo contrario, que por el vigor y la salud desbordante, el traje se rompa de vez en cuando y asome por el roto la carne.

Tal acontece también en el ensueño. Persona que no sueña, pueblo que no sueña, son al cabo persona y pueblo de alma indolente, de alma enferma. ¿Qué cabe esperarse de tales gentes? ¿No fueron, ante todo, soñadores Colón, Cortés y Pizarro? Pues sin ellos, y sin todos cuantos héroes aventureros de almas gemelas les secundaron, ¿cómo habría de tener España la gran epopeya del descubrimiento y colonización del continente americano? Así se conquistó el Nuevo Mundo, como correspondencia al ignorado mundo subconsciente que cada uno de aquellos hombres llevaba en su interior.

Y es que, en ocasiones, lo secundario y lo principal truecan sus libreas. El Carnaval se cree una broma, la gente cree que en Carnaval va disfrazada, y

no se tiene en cuenta que el antifaz es la propia faz que durante algunas horas arranca, al que lo lleva, la grotesca y decrepita careta cotidiana. ¿Quién llega a conocernos en la vida? Acaso ni nosotros mismos, como seres conscientes: ¡cuán tupida y persistente no será la *persona*, es decir, la careta! Y si llegamos un día a penetrarnos, es cuando, sobresaltados, hemos escuchado el tropel de las Bacantes y ha emergido de nosotros el espíritu dionisiaco...

He aquí por qué los pueblos antiguos se preocuparon tanto del sentido del ensueño. Sentían, más o menos confusamente, que por esa vía de honda emotividad se escapaba algo fundamental en la vida del durmiente: su carácter mismo, acaso encadenado en la vigilia. El cuerpo astral de los ocultistas, desligado en el ensueño, es el carácter, la intención vital, los más ciegos y auténticos designios, el alma misma, distinta del cuerpo físico y del espíritu consciente. Para conocer las dimensiones de un corazón, es preciso entender sus ensueños.

Pero debemos terminar. Cuenta la fábula que la lechera llevaba el cántaro a la cabeza, y divagaba sobre el empleo del producto de aquella leche. Compraría con su precio una gallina, de la cual un cesto de huevos, de los cuales una banda de pollitos; vendiéndolos adquiriría una espléndida puerca que criaría algunos cochinitos, todo lo cual podría fácilmente cambiarlo en un dócil pollino, que la transportase al pueblo como una reina, permitiéndose así desempeñar más cómodamente su oficio.

Se estremeció la pobre lechera de alegría y el cántaro se hizo pedazos en el suelo, derramándose toda la leche.

El moralista viene entonces y censura duramente a la lechera. Nosotros censuramos al moralista. El accidente del cántaro no creemos que tuviese consecuencias superiores a cuatro o seis pesetas, importe aproximado de una cena...

Y Cervantes y Camoëns y algún otro puede que se quedasen alguna noche sin cenar.

## II. Lecciones de Psicología, inédito, prólogo fechado en 1950, 142 folios.

1. Entiendo aquí por Psicología el estudio científico de la vida mental. Se ha pretendido a veces dar al término *mental* un sentido intelectualista, que notoriamente limitaría su empleo. Sin embargo, no hay razón suficiente para ello. *Mente* significa también en castellano *voluntad, disposición de uno, que se expresa en palabras o con un acto exterior; intención, pensamiento, designio, sentimiento, dictamen; sentido, inteligencia, espíritu*. En castellano antiguo, está el modo adverbial *de buena mente*, es decir, de buena voluntad, de buena gana. Asimismo, *mens* en latín quiere decir entendimiento, espíritu, memoria, intención, designio, voluntad, alma. *Mens* en griego (...) significa alma, bien como principio de vida, como principio de voluntad o como fuente de pasiones.

Entonces, se dirá, ¿por qué no decir, como tantas veces se ha hecho y de acuerdo con la etimología, que la Psicología es la disciplina del alma? No lo hacemos así con objeto de evitar en lo posible una nefasta confusión: el alma debe ser plenamente considerada como una substancia. Nuestro propósito en este libro es meramente empírico. Mezclar el alma con los fenómenos mentales puede llevar a considerarla como un fenómeno más, y eso constituiría por lo menos una irreverencia.

Psicólogos hay en nuestra época, como Spranger, Klages o Kretschmer, que no vacilan en mezclar el alma con los procesos mentales y fisiológicos. Ya se comprende las consecuencias que habrán de seguirse respecto a su esencia, libertad o inmortalidad. Es mejor dejar el alma a salvo para que la estudien metafísicos o filósofos, ya que aquí nos contentamos con el estudio de los fenómenos mentales, de los fenómenos de la mente, entendida sin pretensiones metafísicas (folio 3).

2. Resulta más fácil, sin embargo, emplear con algún sentido las palabras vida y muerte, que ponerse de acuerdo en lo que realmente significan. Lo vivo parece referirse especialmente al movimiento, y no obstante ¡qué de movimientos pueden intuirse en lo inorgánico! Hallamos, en efecto, que en los seres llamados en especial vivos (...), el movimiento es perfectamente claro. Es más: cuando en la curva de la vida, el ser sigue la parte descendente, sus movimientos decrecen en número, intensidad y duración, cesando cuando la muerte llega; el niño es por naturaleza inquieto, bullicioso, voluble; el anciano es naturalmente lento, sosegado y constante. Pero debemos convenir en que el movimiento no es fenómeno peculiar de la materia orgánica. El vulgo cree que el cadáver no se mueve; pero hay estados en el ser vivo, por ejemplo el de la catalepsia, en que se observa una pérdida de la contractibilidad voluntaria de los músculos de la vida animal, o de la paraplejia, en que hay a veces parálisis completa de las extremidades: en los cuales se parece extraordinariamente al cadáver, careciendo, como éste, de la potencia de la locomoción; y de todas suertes, en el cadáver se da también un movimiento interno que determina en él cambios continuos de estado. Por lo demás, los físicos nos dicen que la materia es una variedad de la energía y una transformación de equilibrio. «Cuando las transformaciones de equilibrio son rápidas, las llamamos electricidad, calor, luz, etc; cuando los cambios de equilibrio son más lentos, les damos el nombre de materia» (G. Le Bon, Ostwald). La materia o energía intra-atómica se caracteriza por su considerable acumulación en un diminuto volumen (el átomo), de donde resulta que a una pérdida extremada de materia corresponde la producción de una enorme cantidad de energía. Al adagio clásico: nada se crea, nada se pierde, se sustituye éste: nada se crea físicamente, pero todo se pierde. Todos los cuerpos de la naturaleza se mueven. La materia, como inmensa condensadora de energía, posee siempre una cierta tensión, está siempre sometida a constantes

presiones; y por otra parte: «La propiedad de vibrar es una cualidad inseparable de la materia. Las partículas materiales no vibran solamente en las condiciones particulares que las hacen luminosas o caloríficas, sino siempre, sean cuales sean las condiciones en que se encuentre» (Lachaud). La concepción del átomo como sistema planetario no hacen sino confirmar estos asertos.

Dejando, pues, a un lado el criterio del movimiento, indicaremos brevemente las siguientes características: A) La vida supone un cambio constante de energía del ser con el medio que le rodea, acompañado de la conservación de la forma (Ostwald). Spencer había ya definido la vida como «la acomodación continua de las relaciones internas a las relaciones externas». Ahora bien, en el curso vital la forma del organismo perdura, a diferencia de lo que suele ocurrir en el mundo inorgánico. B) Ese cambio implica frecuentes rupturas de equilibrio, que se traducen en el ser vivo por la conservación de la estructura. Por el contrario, en un cuerpo químico inorgánico, la ruptura del equilibrio trae consigo la destrucción del compuesto (Le Dantec). C) El ser vivo procede de otro ser semejante a él, directa o indirectamente. El cuerpo químico puede engendrarse por síntesis o por descomposición de cuerpos diferentes. D) El ser vivo, animal o vegetal, se desarrolla merced a sustancias distintas de la suya propia, mientras que, en los casos de crecimiento observado en los cuerpos inorgánicos, el desarrollo tiene lugar merced a sustancias idénticas a la que crece. E) Las funciones del ser vivo pueden llegar a debilitarse hasta desaparecer, para renacer luego con la misma actividad que tenían en un principio. Podemos, por ejemplo, rejuvenecer la levadura vieja, conservándola algún tiempo en un medio nutritivo apropiado, que la restablece en un estado primero. Ni el jugo de levadura ni las mezclas artificiales que podemos preparar en el laboratorio, presentan esa propiedad (Duclaux).

Otras diferencias se han aducido entre la materia viva y la no viva: que aquélla crece por intususcepción y ésta por yuxtaposición; que aquélla encierra más energía acumulada y es por tanto más explosiva que ésta (Sergi), punto difícil de comprobar; finalmente, que aquélla es coloide y esta cristaloides...

Pero estas y otras diferencias que pudieran añadirse no son estrictamente diferencias sustanciales, sino sólo accidentales. Acaso se aclare la cuestión con la tesis de Aristóteles de que la sustancia no tiene contrarios aunque admite en sí los contrarios. Una mesa como sustancia no tiene que sepamos contrario; pero tanto puede estar pintada de blanco como de negro, admite los accidentes contrarios negro y blanco sin dejar de ser mesa. Si, pues, la vida tiene su contrario que es la muerte, vida y muerte no serán sustancias ni podrán por tanto distinguirse sustancialmente; serán meros accidentes de una sustancia que, por serlo quedará inafectada, más allá de la vida y de la muerte. La antítesis accidente-sustancia se dice de otro modo: aparienciosa en sí. Si empleamos el término apariencia en el sentido general de fenó-

meno, la vida será un conjunto de fenómenos, tan flexibles en su efectividad, como rígidos son los de la muerte, los fenómenos de lo inorgánico.

### La psicología como ciencia biológica

Con la noción de psicología dada al comienzo, descartamos de nuestro intento la especulación metafísica o de las substancias. El estudio de los fenómenos lo hacen las disciplinas empíricas, y cuando se trata de fenómenos vitales la Biología. Compete, en efecto, a la Biología descubrir el encadenamiento causal de los fenómenos vitales e inferir inductivamente las leyes que representan la constancia con que se producen. Y como según decían las reglas de Bacon: dada la causa, dado el efecto; suprimida la causa, suprimido el efecto; variada la causa, variado el efecto, —aquellos fenómenos que se estimen como efectos, estarán en función de los que sean sus causas y justamente la comprensión de las funciones orgánicas, relaciones causales entre variables del organismo será el ideal de la Biología.

Este su funcionalismo esencial se pone de manifiesto en el estudio de los fenómenos de reproducción, de nutrición, de locomoción... La Fisiología especialmente ha tomado a su cargo la mayoría de esas funciones. Pero, por supuesto, no la totalidad. Hay a lo menos una función que nunca se incluiría en la fisiología, por desesperados que fuesen los esfuerzos de esta. Es la función del conocimiento, cuyo estudio incumbe a los psicólogos. Ese es el sentido que ha tenido siempre la estimación de la Psicología como ciencia natural.

Aristóteles escribió indudablemente su Psicología como un complemento de la *Historia de los Animales*. Ya al tratar *Del movimiento de los animales* (...) dice: «En otras obras hemos profundizado todas las cuestiones que se refieren al movimiento de los animales, y hemos examinado los diversos mecanismos que presenta cada especie, las diferencias que ofrecen y las causas de todos los fenómenos que se observan en cada una de ellas. Lo que aquí intentamos hacer es estudiar el principio general que es causa del movimiento de los diversos seres, y el medio de que se sirven para realizarlo». Y al principio del *Sobre el alma* declara que su principal intento es ocuparse en la historia del alma (...). El estudio del alma tiene un carácter de ciencia positiva: el alma, dice en el libro II, cap. 2º, no es el cuerpo, pero es algo del cuerpo, y al dar una definición completa dice que el alma es la entelequia o actualización primera de un cuerpo natural organizado que tiene la vida en potencia.

Este sentido técnico que aproxima el concepto de alma al concepto de vida, lo vemos resurgir auténtico en el Renacimiento. Cuando Luis Vives, cuyo empirismo es notorio, quiere restaurar el puro sentido del alma en Aristóteles, la traduce por *anima et vita*, y así titula su Psicología. Posteriormente Alejandro Bain adapta una posición parecida a la de Aristóteles, especialmente en su libro *Mind and Body*, que es también un intento de psicología com-

parada. William James completa el cuadro histórico cuando dice: «En este libro la Psicología será tratada como una ciencia natural, cosa que requiere un comentario... Yo considero como Psicología, entendida como ciencia natural, al conjunto provisional de proposiciones sobre los estados de conciencia y sobre las nociones que de ellos se tienen. Para cualquier teoría que se adopte sobre la materia, el espíritu y el conocimiento, tendrán su valor los hechos y las leyes de la Psicología, comprendida de este modo. Si los críticos hallan que este punto de vista científico-naturalista peca de arbitrario, no habrán de hacer cargos a este libro, pues no intenta sobrepasar aquellos límites; sean mis críticos los que de ello se encarguen, completándolo con más profundas especulaciones. Frecuentemente los juicios incompletos son una necesidad práctica. En el presente caso, si se hubiera de ir más allá de los usuales supuestos «científicos» haría falta no un libro, sino una serie de libros que yo no podría escribir. Agregó que éste sólo se ocupará del estudio de la conciencia humana. Aunque en estos últimos años se ha observado la vida psíquica de los animales con algún éxito, no tenemos aquí espacio para tratarla, y nos contentaremos con aludir a sus manifestaciones, incidentalmente, cuando puedan aclarar ciertos puntos de la Psicología humana».

### **Psicología es la ciencia del conocer**

La función del conocimiento que hemos recabado plantea serios problemas. Para darse cuenta de ello, basta recordar los orígenes de la Psicología experimental que están en la Psicofísica y en la Psicología fisiológica. La Psicofísica histórica —Weber, Fechner— pretendió, como veremos, explicar cuantitativamente los procesos psíquicos mediante su correspondencia con determinadas cantidades de estímulos físicos, de suerte que las sensaciones, por ejemplo, serán meras funciones de la energía física estimulante. Por otra parte la Psicología fisiológica, cuyo período de constitución va desde Gall a Wundt se ocupó en explicar los procesos mentales atendiendo a sus concomitantes procesos fisiológicos; así en los casos en que se diera una laguna en la serie consciente podría hacerse luz en ella mediante la observación del lado somático y fisiológico de aquella situación.

Propiamente hablando, ni lo uno ni lo otro son funciones cognoscitivas, sino psico-físicas o psico-fisiológicas, diríamos semipsicológicas, aunque su estudio y consideración sean enteramente indispensables desde puntos de vista metodológicos y prácticos. Pero cualquiera que sea su utilidad, una y otra trascienden del ámbito psicológico, en cuanto que ni los estímulos físicos ni las excitaciones fisiológicas son procesos mentales. Para que haya funciones de conocimiento, es preciso que las variables funcionales sean psíquicas netamente, ni físicas ni fisiológicas, netamente psíquicas o cognoscitivas.

En vez de conectar con procesos físicos o fisiológicos, lo auténtico será

conectar los procesos mentales con otros procesos también mentales con los cuales viven su vida, naces, se desarrollan y mueren; establecer las correlaciones que ofrecen; determinar la concatenación de unos a otros; anotar el número y calidad de factores de un complejo, el número y calidad de complejos de una mente, o de la mente en general. Porque no sólo son dos muchas veces las variables de una función, son más de dos variables, y hay una lógica de los sentimientos en función de los impulsos, así como éstos se despiertan en función de las sensaciones; o vemos en ocasiones en cuanto atendemos mirando, y atendemos como resultado de un raciocinio que nos lleva a una indagación, y razonamos para librarnos del enojo de un descalabro que hemos sufrido; o bien, nos lanzamos a un medio de bullicio porque juzgamos que el tropel de nuevas imágenes nos librarán del recuerdo de un tema obsesionante, del cual hemos formado el concepto de ser un imposible, y aun a veces nos equivocamos: las nuevas imágenes no nos atañen y el tema se afianza y resulta en definitiva realizable y realizado. Entender a una persona es destacar el encadenamiento de funciones que constituyen su vida mental y poder pensar con regular probabilidad cómo reaccionará en determinadas situaciones.

Fijado el conocer como función puramente psíquica, serán mentales también cada una de sus variables, dos cuando menos en todo conocimiento. Esto nos lleva a una afirmación importante: el conocimiento es esencialmente distinción. No distinguir es lo mismo que no conocer, o si se quiere, confundirse. Acaso la primera distinción —según se verá después— es la que se hace entre recepción y reacción, sensación e impulso, de donde andando el tiempo vendrá la antítesis no-yo y yo; pero toda la vida mental en suma, tan fluida y continua como toda vida, está sin embargo continuamente matizada de distinciones. «A medida que el número de distinciones se reduce —dice Bonilla en *El mito de Psyquis*—, se estrechan también los límites de nuestro conocimiento; y, por la misma razón, si las diferencias quedan en absoluto suprimidas, nuestro conocimiento se anula. Lo que sabemos del perro *a*, es mucho más de lo que podemos saber del perro *en general*; lo que del perro en general sabemos, es mucho más que lo que podemos saber del *animal*; lo que sabemos del animal, es mucho más que lo que podemos saber del *ser*, porque el ser es la diferencia más abstracta que percibir cabe. Si suponemos un sujeto absolutamente solo, si borramos toda diferencia en las cosas, no hay conocimiento posible».

Dicho sea de paso que no otra cosa es la conciencia que la misma función de conocer. La diferencia usual entre conciencia espontánea y conciencia refleja, es cualitativamente ilusoria, porque aún en los casos extremos, se trata de un mero matiz de intensidad. Es lo mismo en realidad ver y saber que se ve, pensar y saber que se piensa, querer y saber que se quiere, sentir y saber que se siente. La introspección no es más que atención, y la atención no es más que el refuerzo, la tensión de un proceso mental cualquiera. «Con-

ciencia refleja», atención, «apercepción» de Wundt —son incremento de tensión mental— lo contrario de distracción, es decir subconsciencia.

Considerada la distinción como esencia del proceso cognoscitivo en Psicología, podría argüirse que otro tanto ocurre en la Física, en la Fisiología y en las demás ciencias, que persiguen un caudal cada vez mayor de conocimientos, o sea, de distinciones. Apresurémonos a establecer, para evitar equívocos, que *la Psicología es una constante distinción entre procesos subjetivos* ¿Qué es objetivo y qué es subjetivo? Objeto y sujeto son originariamente los dos polos de la mera distinción del conocer. Ya hemos visto que el conocimiento implica por esencia una dualidad. Esta dualidad se da en el mundo externo, en cuanto se distinguen unas cosas de otras; se da en la vida interior, en cuanto se distinguen unos fenómenos mentales de otros. Pero la dualidad originaria del conocer es la distinción del mundo ambiente respecto del mundo íntimo. El primero se ofrece a distancia, extendido por doquiera en el espacio, más o menos estático, siempre dado, mediato, independiente. El segundo somos nosotros mismos actuando, poniendo y creando nuestra propia vida, nuestra propia intimidad, defendiéndonos espiritualmente contra el mundo en esa negación de toda distancia implícita universalmente en la etimología de la palabra *yo*.

Claro está que esto se refiere a los orígenes de la vida mental. En el adulto, las cosas han evolucionado. El objeto ya no es la mera sensación. Como veremos, la palabra objeto pasa a ser un concepto. Tantas circunstancias nos han afectado, que a lo menos por razón de economía, deben ordenarse y agruparse: ante mí hay una superficie negra, lisa, dura, uniforme, montada sobre columnas de madera que la mantienen erguida y rígida sobre el piso, de manera que pueda cómodamente escribir sobre ella. Todas estas notas las considero reunidas y unificadas, y para referirme a ellas digo que hay aquí una mesa, un objeto llamado mesa. El conjunto de los objetos particulares vendrá a ser el objeto en general. Y lo mismo con el sujeto: en el fluir de mi vida mental acaeció la impresión de un suceso dichoso; pasó empujado por otras experiencias, y al cabo de los años, viviendo de nuevo momentos parecidos o tal vez muy opuestos, y sintiendo añoranza de la dicha pasada, surgió de pronto la imagen de aquel suceso, tan viva y coloreada como en su origen, reconocida y localizada. Diremos entonces que se trata de un proceso subjetivo llamado recuerdo. El conjunto de todos los procesos subjetivos constituirá el *sujeto*, un concepto como todo conjunto.

No tiene nada [de] esto sentido metafísico. La Metafísica empezaría cuando diésemos alcance ontológico al objeto, al sujeto y a ambos. Entonces estaríamos de nuevo en el mundo de las substancias. Pero no es ése ahora nuestro propósito. Debemos acostumbrarnos a pensar que objeto y sujeto son aquí meros fenómenos. Ello no obstante, se nos ha de permitir una determinación más comprensiva de ambos conceptos. Los hemos considerado como polos antitéticos. Ahora bien: todos los fenómenos que constituyen la

experiencia se pueden polarizar, bien en un sentido, bien en otro. El punto de vista objetivo considera los fenómenos agrupados como cosas extrínsecas; el punto de vista subjetivo los considera ligados como vida mental. Y son los mismos fenómenos. Empíricamente hablando, no hay razón para pensar que tenemos la visión de un libro porque hay un libro objetivo que estamos viendo. No se trata de dos fenómenos, sino de uno solo: la experiencia que llamamos *este libro*, la cual sin embargo puede ser polarizada objetivamente y entonces resulta un libro desde el punto de vista del librero, o también subjetivamente y entonces tendremos un trozo de vida mental, interesante para el psicólogo. No hay un doble mundo conocido sino una doble manera de ordenarse los mismos fenómenos: sobre el patrón de las cosas o sobre el de la mente.

De aquí que las demás ciencias tengan que dejar un sitio a la Psicología, y a la inversa. Ni psicologismo ni logicismo. Más todavía: ningún privilegio pueden ostentar las ciencias objetivas contra la Psicología, ni ésta como ciencia subjetiva contra aquéllas. Objeto y sujeto son simultáneos, coetáneos y ninguno de ellos priva sobre el otro. Tan absurdo sería mirar el mundo físico como un producto de nuestra mente, como considerar los procesos mentales como si fuesen físicos o fisiológicos. Es una divergencia de orientación a partir de los mismos hechos. Así, a la Psicología de la sensación, corresponde en la ruta objetiva la Física; a los recuerdos, los hechos históricos; a los conatos, las normas; a los sentimientos, los valores; a la Psicología del juicio, la Crítica; a la Psicología del concepto, la Poética y la matemática; a los procesos mentales del raciocinio, la demostración lógica (extracto folios 6-16).

### 3. Continuidad y discontinuidad

Alguna de estas afirmaciones pueden parecer incompatibles y aún contradictorias. Hemos establecido que el conocimiento es esencialmente función diferencial. Si conocer es distinguir, el conocimiento mejorará a medida que la atomización aumente y el atomismo psicológico podrá considerarse como nuestro ideal científico. Sin embargo, acabamos de subrayar la necesidad de mirar la vida mental como un todo, sin distanciar sus partes unas de otras. Los griegos llamaron al alma mariposa. Si descuartizamos el animal, so pretexto de estudiarlo, no cabe duda que tendremos que habérnoslas no con una mariposa, sino más bien con un cadáver. Se dirá: dejémosla volar. Pero mientras el animal vuela, ¿cómo conocerla, es decir, diseccionarla? En otros términos: si la vida es un continuo fluir, ¿cómo conocer la vida, ya que el conocimiento significa discontinuidad? Aquí por primera vez en estas Lecciones, se hace preciso separar los procesos mentales morfológicos de los dinámicos, terminología muy apropiada para la tesis que hemos sentado de la vida mental como organismo.

Los primeros ofrecen referencias constantes al espacio. Formas y colores, imágenes y esquemas, son ejemplo de ello. En cuanto de algún modo dependen del espacio, resultan estabilizados, sin movimiento. Se sabe desde los tiempos de Zenón de Elea que, en función del espacio, nunca jamás Aquiles podrá alcanzar a una tortuga. Las sensaciones sólo nos dan estados; por eso el movimiento no es una sensación. Pero ¿qué es entonces psicológicamente el movimiento? Para decirlo brevemente: un proceso dinámico. A diferencia de los morfológicos, los procesos dinámicos no requieren del espacio; no son figurativos, sino intensivos; no se nos muestran hechos, sino haciéndose; no tienen pretensión objetiva, sino que son tendencias nuestras, y como conjunto de tendencias conscientes, la vida mental misma. Ahora bien: si hay una vida consciente, tendrá que estar de algún modo diferenciada. Pero aquí el patrón es otro: no es el espacio quien diferencia, sino un elemento mucho más tenue: el tiempo, según los opuestos del antes y el después. Es, en efecto, tan tenue, como vemos, el factor temporal, que no llega a encubrir por completo con sus términos la auténtica naturaleza continua del movimiento y de la vida. Y de aquí que podamos hacer Psicología holística sin contradecirnos: estudiar la génesis y desarrollo de la vida mental como individuo.

Y algo más aún: el morfológico y el dinámico serán dos puntos de vista de general aplicación a todos los procesos psíquicos, sean complicados, sean elementales. Y más o menos, cabrá advertir en ellos su cualidad en función del espacio y su intensidad en función del tiempo: propiamente lo que tienen de mental y lo que tienen de vida. La vida mental se mostrará en el primer caso como constelación, al modo de Wundt y Ziehen, y en el segundo como torrente, a la manera de William James (folios 25-27).